

Tamara Kamenszain

por Paula Siganevich*

** Crítica literária, lecionou literatura hispano-americana na New York University em Buenos Aires; atualmente é professora de comunicação e pesquisadora da Universidade de Buenos Aires, e uma das editoras da revista Grumo de Literatura&Imagem, onde publicou o ensaio “Tamara Kamenszain, poeta y testigo” (Revista Grumo, nº1, pp. 62-67, Buenos Aires, março de 2003. Mais informações: revistagrumo@hotmail.com).*

Consagrada poeta argentina, ganhadora do Prêmio Nacional de Literatura de seu país, júri do prêmio Casa de Las Americas, de Cuba, e autora, entre outros, de El Ghetto (publicado no Brasil pela editora 7Letras), Tamara esteve no Rio de Janeiro para participar do evento “Conexões Rio-Buenos Aires” (dias 6 e 7 de julho último, na Casa de Cultura Laura Alvim). Promovido pela revista Grumo de Literatura&Imagem, juntamente com a Secretaria de Cultura do Estado do Rio de Janeiro e o Ministério das Relações Exteriores da Argentina, o evento contou ainda com a presença do romancista César Aira e do poeta Santiago Vega (Washington Cucurto), entre os convidados argentinos.

¿Hacia dónde vas ahora en la escritura?

Estoy, como siempre, con dos proyectos (trabajo siempre de a pares): un libro de poemas y uno de ensayos. El de poemas, que está en plena etapa de trabajo, se titula *Solos y solas*. Así se llaman en Argentina los grupos de gente sola que se reúnen para conocerse. No es que el libro trate de eso anecdóticamente, pero sí hay una pulsión grupal y también un foco puesto en los encuentros. Ya hacia el final de *El Ghetto* despuntaba cierta predilección poética por lo colectivo y creo que ése es el espíritu que quiere prevalecer ahora en este nuevo libro. Los encuentros, las alianzas, los desplazamientos, un 'nosotros' lírico que arrastra al 'yo' hacia algo más colorido que sus propios avatares de enunciación. En cuanto al libro de ensayos, por ahora tiene un título casero, *La boca del testimonio*, y se centra en las posibilidades que tiene la poesía, más allá y después de todos los realismos, de dar testimonio o, lo que es lo mismo, de tocar lo real.

¿Qué relación hay entre tu poesía y tus ensayos?

Toda y ninguna. Como te decía, escribo de a pares. Siempre en esas dos direcciones, porque cuando me canso o descreo de una, la otra me ampara. Los críticos que trabajaron mi obra encuentran un paralelismo total entre los dos géneros. Supongo que es así porque no podría ser de otra manera, pero lo que también es seguro es que no se trata de una relación causa-efecto, ninguno de los dos géneros determina al otro, ni siquiera inspira al otro. Yo diría que más bien ambos respiran de un mismo pulmón y se prestan aire mutuamente. Para mí no es más importante o prestigiosa la poesía que el ensayo o viceversa, más bien serían como dos modos de decir lo mismo desde distintos estados de ánimo. En la poesía me divierto con lo que el lenguaje me permite o me impide decir acerca de la vida. En el ensayo me divierto metiéndome en el modo como otros poetas dijeron la vida. En los dos casos revivo entrando en contacto con la verdad.

¿Qué te aporta la crítica literaria?

Bueno, como lectora me aporta muchísimo. Creo que los críticos

hoy reemplazan a los filósofos. Agamben dijo muy bien que la palabra occidental llegó a finales del siglo XX agónicamente escindida entre la poesía, que posee su objeto sin conocerlo, y la filosofía, que conoce su objeto sin poseerlo. Tal como entiendo a la verdadera crítica – que ya no sé si la llamaría literaria – me parece que está ocupada tratando de encontrar lo que Agamben llama un “estatuto unitario del decir”. Algo así como una cura para la palabra o, lo que es lo mismo, un acceso menos abstracto, más pleno, a la comprensión del mundo. Es en ese sentido que pienso en la tarea de los críticos como una tarea de filósofos del nuevo milenio o de poetas, por qué no... Aunque en mi experiencia personal constato que también pueden ser psicoanalistas. A mí me pasó que el encuentro con algunos escritos críticos en relación a mi obra tuvo el efecto de una buena sesión de análisis: salir apropiándose por fin de algo que uno intuía pero no sabía. Y esa posibilidad de superar el dualismo (entre conocer y poseer) se transforma en algo curativo.

Vayamos a El Ghetto, tu libro traducido en Brasil ¿cómo fue el proceso de escribirlo?

Como siempre me pasa con todos los libros, fue un proceso medio agónico pero también muy feliz. Con este libro es paradójico porque algunos lo leyeron como el libro de la muerte del padre o del duelo y sin embargo yo lo considero uno de mis poemarios más alegres y coloridos. Como si ese decir de la vida que es toda poesía tuviera que reduplicar sus defensas corporales para arreglárselas entre los pasadizos gélidos del faltante de vida. Ahí el arma privilegiada que habilita el decir es la figura retórica del oxímoron, donde belleza y siniestro se pueden hermanar en la frondosidad verde de un cementerio.

¿Y qué dirías de ese poema situado en Río de Janeiro?

Ese poema se llama *Judíos* y es el que cierra el libro. Creo que es el poema que más empuja el peregrinar hacia lo colectivo del que te comentaba antes. Un crítico, Enrique Foffani, dijo que ese era mi poema borgeano, en tanto con judíos aludo a todos los argentinos.

Yo diría lo mismo de Río de Janeiro, que es todas las ciudades, pero cuidado, no como una generalización, sino como la más extrema de las diferencias que aporta universalidad (eso tal vez sería lo borgeano...) Porque sólo el Corcovado me permitió juntar a Cristo con el precipicio, sólo la escola de samba me permitió imaginar una escuela de vida y sólo el espíritu portuñol me permitió concebir un tráfico de lengua y habla a través de los exilios en el nuevo milenio.

¿Podés pensar en ciertos poetas que te acompañan epocalmente?

No puedo pensar nada sin esas compañías. Son casi acompañantes terapéuticos, siguiendo con las metáforas de la cura (es que, como dice Deleuze, se escribe con la salud...) Cuando me desespero porque no me sale nada, ellos están ahí para donarme los frutos de sus experimentos, para empujarme a escribir. Son siempre los mismos y se van agregando otros. Ninguno se retira pero tampoco se arman embotellamientos, porque hay como turnos naturales o eras imaginarias de influencias. Desde hace unos diez años persiste para mí la influencia de César Vallejo y va a durar un tiempo más. Girondo va y viene. Perlongher y Osvaldo Lamborghini, compañeros de generación, son como alter egos en cuanto al registro local de la lengua. En fin, el banquete, por suerte, está nutrido. Están, para el postre, los nuevos, los más jóvenes, éstos a los que estoy siempre dispuesta a robarles algo, porque traen un botín de novedades. Sin ese contacto con la renovación estética (o ética, mejor dicho) no se puede ni pretender ser clásico, más bien se corre el riesgo de transformarse en un anticuado nostálgico y, lo que es peor, en un reaccionario (en ese sentido es que digo que la renovación sería ética).

Judíos (trecho)

I

Somos los de la kombi “Corcovado”
portuñoles tirando de la falda
de un guía
que a los piez macizos del redentor
pone los brazos en cruz como diciendo:
hasta aquí llegamos.
Algo de la altura nos marea
es una percusión que se eleva de los otros,
“fantasías” golpeando en redondo ellos avanzan
sobre su carnaval de todos una bandera
que dice “escola” nos desorienta más
porque al tam tam de las voces se suman
las nuestras también ya somos disfrazados
una fauna dejada de la mano de dios
los que bailan y los que ven bailar
inauguramos el mismo carnaval
2001 y todo es como siempre
al otro lado del Cristo el precipicio
y todos sin embargo marchamos
esta marcha de ciegos
sobre los pasos que le debemos a la música
loca fantasía de una escuela de vida
donde se aprende golpe a golpe
que los de arriba y los de abajo
que los de abajo con los de arriba son distintos diferentes a costa
de lo mismo
son al borde mismo de un idéntico abismo
el tamboril que adelante si detiene
su tam tam para el santo y seña:
hasta aquí llegamos.